



CIENCIA Y POLITICA

No existe ya el bipartidismo Colombia ha de vivir en una sociedad pluralista

OTTO MORALES BENÍTEZ*

Esta noche nos hemos reunido algunos de los amigos del Dr. J. Emilio Valderrama, para decirle palabras de despedida con motivo de su encargo de Embajador en España. Quienes aquí acudimos, venimos de diferentes corrientes. Con su pensamiento tenemos discrepancias; con su concepción del estado, no estamos identificados; ante su posición política, hay enfoques ideológicos que nos separan. Pero coincidimos en valores perdurables, que le han dado un acento a su vida. Que le permiten sostener una actitud de gascona pendencia, sin romper los sutiles lazos que conservan fresca la aventura de la existencia: la amistad. Siempre ha exhibido una resistencia interior para no abjurar de sus creencias, para no dejar trunco su denuedo porque imperen sus ideas. El afán de servicio a Colombia, le ha permitido combatir por unos símbolos patrióticos, que no se pueden dejar abatir. Así, van apareciendo claras las coincidencias que atan a sus copartidarios a él y de quienes estamos distantes de su sistema ideológico. La patria, la amistad y la lucha, han sido los grandes soportes en los cuales J. Emilio Valderrama ampara su tránsito humano. A ellos venimos a proclamarles solidaridad.

* Durante el homenaje al doctor J. Emilio Valderrama, nuevo Embajador de Colombia ante el Gobierno de España, el exministro y Presidente de la comisión de paz doctor Otto Morales Benítez, pronunció un importante discurso, con serios planteamientos sobre la actualidad nacional y política para el futuro de Colombia.

El gran sentimiento democrático y moderno que inspiran sus palabras, las acoge complacida la dirección de nuestra Revista.

El, es un ejemplo de afán de superación. Es innecesario entrar en la anécdota. Como tanto valor humano de Colombia, su origen está en una aldea remota, con las limitaciones que soportan la mayoría de nuestros compatriotas. Cuando logra que la universidad le entregue oportunidades, principian a emerger los sueños en torno a su partido y a su patria. No sólo lo desvelan los códigos. El, se compromete en la batalla política. Y ya nunca cederá. Es como un mandato interior; como un brío superior que dirigiera sus energías; como un acicate que moviera su decisión íntima. Esa conducta le ha dado una categoría de dirigente. Y como tal, controvertido, ensalzado y hostigado; estimulado y vejado; rodeado de aplausos y de gritos.

Le ha tocado una dura experiencia. En Antioquia los poderes políticos, eran muy jerarquizados hasta que irrumpió él con su impulso. Ya nadie tuvo reposo en las casas desde donde se dominaba. J. Emilio Valderrama, con su estilo abierto y descomplicado, sin ataduras a filigranas y sutilezas, contrariaba las castas de dirigentes, que habían predominado. En esos años fue cuando más lo admiramos. Lo vimos, arrinconado por el gobierno; execrado por las jerarquías de su partido; con deserción de quienes antes le juraron fidelidad cuando él podía repartir dones. Varias veces lo encontramos: nunca le escuchamos una queja. Tenía su diálogo abierto, siempre hacía los signos de la esperanza. No se intimidaba por el silencio con que respondían a su combate. Notaba las bajas del afecto en militantes faltos de fe, más inclinados por el halago burocrático que por las convicciones. El, en cambio, no desertaba. Estaba allí, con una fidelidad política a su vocación, que conmovía. Fueron duros años en que trataron de aislarlo; los más severos porque era necesario conservar el equilibrio interior; no doblar la raíz del impulso idealista. No perdió ese estilo jocundo que le entrega a lo que desea irradiar. Estaba como en los duros años de la infancia, conociendo todas las privaciones. Nunca permitió que se traslucieran. Lo sabemos quienes observamos su trayectoria. Quienes veíamos cómo volvía a erguirse su voluntad de hombre de partido.

Lentamente, el conservatismo lo va reincorporando a sus cuadros. El, ha sido, y será un capitán político. En el alcance vital y trascendente que tiene la palabra. No demanda sino un escenario para actuar y allí está contestando a lista de cruzado de la fe. Otra vez, los directorios, la tarea administrativa en el Ministerio de Agricultura, su fidelidad al Frente Nacional, su convicción en que debía ayudar a mantener el ritmo político del entendimiento. Conocemos mu-

chos episodios elocuentes en los cuales combatiría porque se respetaran, por sus copartidarios, compromisos que eran parte de la estrategia para salvar a Colombia de la hecatombe antidemocrática. Más tarde, su adhesión a Belisario Betancur cuando muchos antioqueños dudaban de que su nombre mereciera adhesiones y consagraciones.

El consentimiento nacional

J. Emilio Valderrama siempre ha sido un varón de partido. Es su clara manera de ser hombre de la patria. Porque no es lógico tener que renunciar a las ideas para estar emparentado con la vocación nacional. Lo que sucede es que los problemas de Colombia alcanzan tal magnitud que no es posible pedir sacrificio a un grupo, solamente. Ello no sirve. Hay que demandarlo de todos. Que cada quien sienta el peso de su responsabilidad y la alegría de su aporte. La democracia nos apremia a estar vigilantes. Por ella hay que realizar todas las tareas, siempre que no haya injusticia. Esta va alejando a las personas de las decisiones del "unanimismo" y se van separando de las órdenes del deber electoral, cuando advierten que no hay equidad. En política, el compromiso es total. Por ello, los electores no votan por lo que uno dice, sino por lo que ha hecho. Ya lo ha descubierto el país: no se puede gobernar sólo por ser mayoría, sino por contar con el consentimiento general; con un respaldo de conciencia colectiva; al tener una identidad con unos fines comunitarios.

Fracaso de las dictaduras.

El ciudadano en Indoamérica ha resuelto tomar la posición crítica que le corresponde. El fracaso de las dictaduras en nuestro continente, nos está indicando que los sistemas de intimidación, no sirven para subyugar la opinión pública. En los países que las han padecido, y en los que aún persisten en su dominio de agresivo poder, cada confrontación electoral, implica una derrota para la represión. Fuera de que los países sometidos son víctimas de un cruel episodio económico y social. Basta decir nombres entrañables a nuestras veidas: Uruguay, Brasil, Bolivia, Perú, Nicaragua. La angustia colectiva, no la detienen ni con silencios prolongados de los partidos; ni con el alejamiento de las personalidades políticas; ni con el uso de todos los recursos intimidatorios. La comunidad siempre observa, en la lejanía, una luz que la conduce a su reivindicación. Y la encuentra.

Integración y lucha colectiva

Para mantener el ritmo colombiano de avance y consolidación de la democracia, no podemos admitir el enfrentamiento entre grupos de la nacionalidad. No es posible tolerar que haya lucha o celos entre regiones de la patria; o entre conglomerados económicos, o sectores de un partido contra otro de su mismo símbolo; o exclusiones sectarias de una colectividad contra otra. Lo que desea todo colombiano, es que haya integración para una lucha colectiva.

Compromiso por la paz

En este momento, se encuentra el país dedicado a conseguir la reunión de la familia colombiana. Esa es nuestra misión y la de quienes aceptan a Colombia como un deber y un mandato. No es posible que levantemos calificativos conminatorios para quienes vienen de un largo combate político, equivocado o no. Ni que calificuemos con dureza a quienes no comparten nuestra noción de la sociedad en la cual queremos vivir. No podemos hacer la paz con unos, relegando a los otros. No la toleraría el país, por ejemplo, si desconociéramos lo que ha significado el ejército como institución en la vida democrática colombiana. El, que es parte integral del país, se confunde con las diferentes vertientes del torrente social colombiano.

El compromiso de paz debe volverse voluntad nacional, obligación intransferible de cada colombiano. La violencia tiene un rechazo colectivo, pero no se ha conseguido que todos -combatientes o no- acepten que también su decisión es necesaria para erradicarla. La indiferencia ciudadana ante el propósito de pacificación, podría llegar a convertirnos de espectadores en actores de la tragedia que hoy vive Centroamérica. La simple circunstancia de que sea nuestro país el que tiene mayor costa en el Caribe, es suficiente estímulo para que poderes extraños profundicen los abismos que nos separan, al influjo de consignas que enfrentándonos, acerbamente, nos hagan más débiles y más propensos a caer en la anarquía. Sólo cuando haya conciencia colectiva en torno a aquel compromiso, podremos afirmar que nos hemos liberado de los grandes peligros que, a otros pueblos, que no pudieron o no quisieron la paz interna, les significó la pérdida de su soberanía y de su libertad.

Reforma Política

El señor Presidente ha propuesto que, en la consolidación del futuro de Colombia, participemos todos, sin exclusiones. La reforma política debe garantizar ese hecho. A base de repudiar, nos hemos ensangrentado. Como consecuencia del rechazo permanente a grupos o personas, o a los nuevos partidos políticos, que contradicen nuestra ideología por señalar una orientación diferente en las materias concernientes al estado, nos confundimos en dolores comunitarios. En la medida que sólo ha prevalecido la condena, el hostigamiento y el repudio, nos hundimos todos.

No deben existir extraños en la propia tierra

Debemos ubicarnos en la realidad nacional. No existe ya el bipartidismo; las corrientes de opinión se han ampliado y demandan canales de expresión como válvulas de escape, a través de las cuales la opinión pública pueda exteriorizarse. Cada colombiano debe ser consciente de que, todos los días más, ha de vivir en una sociedad pluralista en donde nadie debe ser un extraño; en donde coexistan las ideas más disímiles; en donde nadie pueda ser un exiliado dentro de su propia patria; en donde todos impulsen la evolución creadora de la nacionalidad; en donde ninguno pueda ser indiferente a amasar su propia greda humana. La exclusión de la participación política, no garantiza ni la estabilidad del gobierno, ni la paz, ni el examen colectivo de los problemas nacionales.

Vamos a tener que abrir más las puertas democráticas. Precisamente usted, doctor J. Emilio Valderrama, va a hallarlas en España desplegadas de par en par. No para que se asomen los partidos y vean los juegos internos de algunos, sino para que entren todos a determinar el devenir nacional en la Madre Patria. Y es bueno pensar en ese ejemplo, después de que una dura restricción, con poderoso rigor anti-democrático, impuso su sello, su silencio y su represión a los españoles. Quizás ese ejemplo nos permita a los colombianos, pensar, con mayor claridad, y sacar conclusiones, enseñanzas y guías hacia el porvenir.

Debilitamiento ideológico

Estas posibilidades de que influyan nuevas corrientes, no indican que debemos debilitar el carácter ideológico de los partidos. Al contrario, ahora crecen más sus compromisos con la nación, con la democracia y su deber de irradiar más poder intelectual ante nues-

tra comunidad. A ésta la vamos a tener que convocar con mayores precisiones en los propósitos de partido. No será posible que apelemos al reclamo de la audiencia en fórmulas mágicas donde desaparezcan los perfiles de nuestras viejas colectividades. Si no hay claridad política, social, ideológica, no se podrán ejecutar actos de gobierno que creen formas y soluciones para el país. Lo que se puede buscar son coincidencias; desatar afanes comunes; comprometer las tendencias nacionales para hallar los remedios comunitarios. Y no desperdiciarnos en el sectarismo. A este le hemos entregado demasiados tributos en los cuales las víctimas inmoladas han salido del pueblo. Pero, indudablemente, ahora es cuando se deben tener más claros los derroteros ideológicos. La presencia de nuevas concepciones obliga a mayores precisiones, rigores y enunciados en la doctrina. Que quien a ella adhiera, sepa cuál es el camino que se propicia hacia el futuro. Nunca, como ahora, se demanda más claridad en los principios.

La Nación debe expresarse

Lo primero que tienen que cuidar las viejas y nuevas vertientes políticas, es que haya participación popular en el examen de la realidad colombiana; en la pesquisa de los postulados; en el escrutinio de los problemas. El afán multitudinario no puede ser amorfo. Al contrario, para canalizar los apremios colectivos debe ser beligerante, activo en sus cuadros de lucha, comprometido en la identidad con tesis y principios, con derecho a sustentarlas y a debatirlos, expresándose por todos los medios que la tecnología ha puesto al servicio del hombre contemporáneo. En el proceso que culmina en las grandes decisiones no pueden estar ausentes las organizaciones sociales, los sindicatos, las acciones comunales, las agremiaciones ciudadanas, etc.; no es auténtica una democracia cuando sólo se escucha la voz de los poderosos y se ignoran las aspiraciones de los humildes.

No toca a retirada

Esta cena, que ha reunido a sus amigos para decirle que le desean éxito en su misión de Embajador, ha servido para dialogar sobre problemas que tanto interesan y duelen a la patria. Era natural que así sucediera, pues, al calor de la amistad, nos hemos congregado quienes amamos la política por lo que ella nos permite servir a los intereses nacionales.

Alguien podría pensar que usted se repliega en sus combates, pero estaría equivocado. No puede replegarse quien permanentemente escucha la voz de su raza antioqueña, empecinada y dura en las batallas, ahora con el liderazgo nacional de un Presidente a quien rodea la comunidad en todas sus capas sociales. No puede replegarse quien en su vida ha obedecido, como ya lo expresé al triple aliento de la patria, la amistad y la lucha.

Usted es de aquellos hombres, como el tambor de Napoleón recordado por Kennedy, que nunca aprendió el toque de retirada.

OTTO MORALES BENITEZ. Abogado, escritor y periodista, profesor universitario, excongresista y exministro de estado.